

REFLEXIONES HISTÓRICAS

JUAN PABLO DUARTE

Por FELIX M^a DELMONTE

Había allí un joven nombrado Don Juan Pablo Duarte y Díez, hijo de un peninsular cuyas delicias formaba (1). Dotado de un espíritu indagador y filosófico el joven Duarte manifestó desde temprano las grandes dotes intelectuales que había merecido a la Naturaleza. No habiendo podido formarse en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino por falta de edad, pasó a estudiar con uno de los Profesores de aquella antigua Sorbona Americana, con el sapientísimo Doctor Moscoso, y ya por los años 1827 o 28 concluía las asignaturas de Filosofía y entraba a estudiar el Derecho Romano (2). Víctima Moscoso de una celada del General Borgella y deportado en 1830 con el Iltmo. Sor. Valera y un crecido número de individuos, el joven Duarte vio malograrse en un instante sus más risueñas esperanzas y destruidas las ilusiones que había formado sobre sus adelantos. Mas de 125 jóvenes de todas edades sufrieron el mismo desencanto, y todos ellos, a excepción de uno que otro, marcharon al destierro con su virtuoso Profesor, que retirado a Santiago de Cuba continuó su magisterio hasta su muerte acaecida en 1836 ó 38. (*)

Un instinto secreto llamaba a nuestro estudiante hacia Europa y una voz también secreta al par que profética le gritaba que no eran la aridez del Derecho

(1) Este interesante trabajo, inédito todavía, fué escrito en el año 1852, cuando a Duarte lo tenía por muerto hasta su propia familia. (A. G. Ll.)

(2) La precocidad de Duarte fué para todos notable. Rosa Duarte, en sus "Apuntes para la Historia de Santo Domingo, y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Díez", consigna que "a la edad de seis años sabía leer y de memoria recitaba todo el Catecismo" y agrega: "Hablando el Pbro. Dr. José Antonio Bonilla sobre la facilidad que tenía Duarte para aprenderlo todo, el Pbro. Gutiérrez le contestó: "Duarte posee un talento Natural: si hubiera nacido en Europa a esta edad sería un sabio". (A. G. Ll.)

(*) El doctor don Juan Vicente Moscoso murió en Santiago de Cuba el día 28 de septiembre del año 1837, en la mayor pobreza. (*Parroquia de la Santísima Trinidad, Libro III de Obitos, f. 60*). Había nacido en esta ciudad el 3 de junio de 1773, siendo hijo de Manuel Moscoso y de Rosa Carvajal. Fué uno de los principales próceres de la Independencia Nacional de 1821. Su salida para Cuba la efectuó el 28 de julio de 1830, en el brick americano *Ashop*. Consúltense: Dr. José María Morilla: *Doctor Juan Vicente Moscoso*, biografía publicada en *Clío*, Núm. 74, año 1947, p. 18). Dr. Max Henríquez Ureña: *La Conspiración de Los Alcarrizos*, Lisboa, 1941, p. 325-326, y *El Arzobispo Valera*, Río de Janeiro, 1944, Apéndice C, p. 237-240.— (V. A. D.)

Romano ni las contradictorias discusiones de una legislación bárbara y vetusta el círculo estrecho en que debía encerrarse su vasta inteligencia. Amigo del hombre, idólatra de sus imprescriptibles derechos, dotado de un alma de héroe y de mártir, su vocación le llamaba al estudio de las ciencias sociales. En vez de gastarse en un estrado debía tronar en la Tribuna política; en vez de defender rencillas o miserias particulares, debía abogar por los grandes intereses de la humanidad; en lugar de tener tres o cinco Magistrados por espectadores debía perorar ante pueblos oprimidos, en vez del dinero y los aplausos debía obtener sarcasmo, maldiciones, ingratitud... Y el Gólgota que la desgraciada especie humana destina siempre a sus libertadores. Apenas hubo zarpado de la rada del Ozama el buque que parecía llevarse la última esperanza de la antigua Española, cuando ya nuestro joven preparaba su viaje a la Península. Allí permaneció largos años, visitó la Francia y la Inglaterra, estudió prácticamente en el gran libro del mundo, miró funcionar de cerca cada una de las ruedas de la máquina política de tres estados esencialmente distintos. En Inglaterra observó cuanto influye en su manera de ser política y social la combinación estupenda de aquellas instituciones especiales del gran pueblo, y que a semejanza de las moles del desierto, siguen en su primitiva solidez desafiando a los vientos del desierto y a la corriente corrosiva de los siglos. En aquella antítesis humana, mezcla confusa de miseria y de opulencia, de recuerdos feudales y de excentralización administrativa, de aristocracia y popularidad, de leyes sangrientas y brutales y de garantías sin cuento protegidas por el Magistrado, que es su árbitro y moderador; en aquella Babilonia, en aquella Babel aparente contempló de pies, erguido y feliz, con su fisonomía peculiar, tosco a veces pero definido y siempre digno... al hombre, al insular orgulloso... al inglés!

XXXX

En vano buscó nuestro estudiante al sér libre fuera de la Gran Bretaña. Vió sin comprenderla, o mejor dicho comprendió con la desesperante convicción de que no podía realizarse en otra parte, la combinación feliz de un gobierno conservador colocado entre las exigencias populares y las demasías del Trono; vió en el Monarca una divinidad impotente para el mal



y apto, empero, para dispensar con larga mano todo el bien que le pluguiere; asistió a las célebres sesiones del Parlamento donde recordó al Senado Romano cuando merecía el dictado magnífico de CONGRESO DE REYES; asistió a las sesiones criminales y tuvo mas de una ocasión el júbilo de ver con asombro aquel Jurado que vanamente ensayaron a trasplantar otras naciones en cuyo suelo no es mas que planta exótica y raquítica. Oyó hablar de aquella célebre deuda nacional en que se pierde el cálculo y vió a aquel mismo Estado monopolizador de las industrias, dueño del oro del mundo, cruzando todos los mares, influyendo en todas las zonas, interviniendo en todas las cuestiones, invernando en todos los puertos y siendo acreedor ya moderado o exigente de todos los pueblos, cualidad que explota a su provecho en los casos perentorios. Su genio filosófico y un tanto concentrado se avino mucho con aquel carácter severo pero eminentemente nacional del Bretón; y aun cuando la civilización francesa, los encantos de París, la ciudad de los placeres, tendiesen a modificar sus impresiones, es seguro que siempre dominaron en su ánimo aquellas otras (3).

En el pueblo francés estudió el eclecticismo social; la ligereza de carácter, la sed de aventuras, el puntillo del honor rayando en susceptibilidad, la idolatría por la igualdad que constituye la primera ambición gálica, aquella ansia de gloria militar que hace del francés un sonámbulo, capaz de dormir en las cadenas de la opresión si se la decora de laureles el reducido lecho.

En Londres había visto 3,000 municipales que llenaban dignamente las exigencias de la policía en la ciudad compuesta de cerca de tres millones de almas, en tanto que en París contemplaba un ejército colosal demasiado inquieto y voluble, imponiendo a las masas tan inquietas y volubles como él mismo. En Londres le asordaban los rumores del comercio y de la industria fabril; en Francia el ruido de las discusiones y a veces el de los motines.

Mucho fijó la atención de este joven la habilidad profunda de una Nación que remedando a Dios en la tierra, parece haber hecho depender su existencia y conservación, de las leyes mismas de equilibrio y simpatía con que él conserva tantos mundos. En efecto: el Parlamento que impone al pueblo y al Trono no se desborda jamás. Sabe que puede derribar el solio de

San Jorge, pero no lo hará nunca: él ha menester de ese Trono y de ese pueblo a un tiempo para ser lo que es. . . El pueblo, ensayando su fuerza, derribaría al uno y al otro; pero ante todo es inglés; ve en la existencia de la nación, en su fuerza colosal la perpetuación del Reyno Unido, y a ese porvenir nacional sacrifica su presente de individuo. El Monarca se desvive porque no falten las materias primeras que alimentan la colosal industria fabril de su Reyno, ocupando centenares de miles de brazos, paga los intereses de una deuda que no le conviene extinguir, y hace girar dóciles pero dignamente a su alrededor a la grandeza del Parlamento y la pujante fuerza de sus masas populares, satisfechas éstas con la conciencia de que una violación cometida contra el último de ellos en cualquier ámbito del globo llevará allí todas las escuadras británicas en alas del vapor y sería el origen de grandes indemnizaciones o de una guerra inevitable.

En España había visto una Nación sin unidad de idioma, de usos, costumbres ni legislación: aquella desmembración histórica, malamente incrustada a un todo mas bien que reconstituída por la política, posee únicamente un punto de asimilación. . . iba a decir que la Religión, pero no quiero hacer injuria al dogma católico; diré mejor el fanatismo y la intolerancia. En la patria clásica de la inquisición nuestro joven viajero sintió que le asfixiaban las cenizas que el verdugo había olvidado de aventar a tiempo. Y en efecto ¿qué género de mérito no ha sido perseguido en España, ni cuándo ha aparecido en aquella región condenada al atraso un albor del progreso sin que se hayan presentado de consuno heridos por la electricidad los concriptos del despotismo, las falanges teocráticas, pronunciando su anatema, indignos ministros de un Dios de progreso, la Santa Hermandad, el Santo Oficio, el poder del sable, la confiscación de bienes, el padrón de infamias y los verdugos?

No sin rubor y un tanto pesaroso estudió el joven Duarte (4) estos terribles contrastes, que no poco deslustraban la patria de sus abuelos. Una experiencia dolorosa venía a persuadirle que aquellas tres Naciones, aún constituidas, figuraban en el espacio político europeo tres círculos de los cuales el máximo es Albión, el medio Francia y el mínimo España. . . En el primero el asociado es ciudadano en la latitud de la expresión, en el segundo es hombre, en el tercero eunuco. El primer pueblo se mueve siempre por un

(3) Don Félix M. Delmonte, autor de este trabajo, fué discípulo de Duarte, y su compañero en "La Trinitaria" y "La Filantrópica", las dos sociedades patrióticas que prepararon la revolución de la Independencia. (A. G. Ll.)

(4) Fíjese el lector en que la frase a que da fin esta llamada está constituida por un decasilabo y un heptasilabo, cosa propia de la prosa de los poetas. (A. G. Ll.)



principio, el segundo por una idea a veces utópica pero deslumbradora, el tercero por sostener la decrepitud de una preocupación.

De vuelta a Santo Domingo, su país natal, nuestro joven sentía bullir en su mente las ideas políticas y sociales que analizaba en el silencio de su gabinete. Investigaba las causas que pudieran influir en que la

Sultana de Occidente se convirtiera en guarida de cuervos, y haciendo responsable a la España por la política viciosa empleada en la conquista, halló en primer lugar que la ignorancia y la abyección eran hermanas. Deseando viva, profunda, intensamente la libertad de su Patria, deseó con ansia la ilustración de la juventud: dedicóse a formar la mente y el corazón de sus amigos.

La Batalla de “Las Carreras”

SUS ANTECEDENTES HISTORICOS Y CONSECUENCIAS TRASCENDENTALES

Por CESAR A. HERRERA

(Primer Premio en el Certámen Histórico organizado por la Academia Dominicana de la Historia, la Academia Dominicana de la Lengua y el Ateneo Dominicano, en celebración del Primer Centenario de la gloriosa batalla)

SOULOUQUE AL PODER

A pesar de las vicisitudes sombrías que agobiaron durante largos períodos a la antigua Española, y más tarde a la República Dominicana, parece que el Dios de las naciones ha intervenido para salvar a este pueblo de un aniquilamiento total. Después del 27 de Febrero de 1844, los acontecimientos internos ocurridos en la República de Haití, contribuyeron decisivamente a la subsistencia de la naciente nacionalidad. Rota la poderosa unidad política establecida por Boyer sobre aquella tierra, los lugartenientes del férreo caudillo se disputaron con saña feroz la hegemonía del mando absoluto.

Los diversos y sucesivos gobiernos “efímeros” establecidos allí del 1844 al 1848, dieron a los dominicanos un tiempo precioso para organizar, cuando menos, una incipiente maquinaria estatal.

En este cuatrenio, etapa preparatoria del sombrío período de Soulouque, hubo agresiones que fueron denodadamente frustradas por el coraje dominicano. Las derrotas de esas fuerzas aceleraban sin embargo el desplome de esos gobiernos de transición.

El General Pierrot, vencido tantas veces por los ejércitos libertadores dominicanos, perdió la Presidencia de Haití, cuando convocaba sus fuerzas para una nueva agresión contra el territorio dominicano. Sus

tropas, cansadas de infecundo batallar, donde sólo cosechaban las amargas hieles de la derrota, lo derrocaron en una fecha clásica: 27 de Febrero de 1846.

El General Juan Bautista Riché, que le sustituyó en el mando, dió al pueblo dominicano un período de tranquilidad, pues no lanzó sus hordas a la empresa de reconquistar nuestra tierra, bautizada ya en los campos de batalla por el copioso riego de una sangre generosa y heroica.

El General Riché disfrutaba de ascendiente en las filas del Ejército, y fué durante su corto ejercicio, factor de equilibrio entre las poderosas fuerzas raciales que han guiado siempre la política haitiana, salpicando su historia de acontecimientos sangrientos: la pugna feroz de los negros y mulatos. Riché, según Gustave D’Alaux “realizó por un momento el ideal del Gobierno haitiano”.

Sin embargo, al morir en febrero de 1847, la turbulenta política haitiana eleva al solio presidencial a un oscuro soldado, electo por el Senado en competencia con hombres de talla y prestigio entre las filas de los militares y los políticos.

Aquel alto cuerpo haitiano, presidido a la sazón por M. Beabrun Ardouin, verificó empates durante ocho escrutinios sucesivos entre los generales negros Souffront y Jean Paul.

